Conocer a Jesús es Todo

Por: Alejandro Bullón Paucar

Introducción

El diálogo con cientos de jóvenes y las numerosas cartas que constantemente recibo, cual dramáticos lamentos de almas angustiadas, es lo que me animó a escribir este libro. Trataré de expresar en las siguientes páginas aquello que trajo paz y alegría a mi corazón.

He llegado a la conclusión de que, por lo general, el joven cristiano no logra ser feliz porque no entiende quién es Jesús, ni lo que hizo por nosotros, ni cómo podemos andar con él. El joven sabe todo lo que debe y lo que no debe hacer, pero no alcanza a vivir a la altura de las normas que conoce. Vive angustiado por sus constantes errores. Hay una fuerza misteriosa en su interior que lo empuja a hacer todo aquello que no quiere hacer. Un fracaso sucede al otro y es, entonces, cuando aparece aquella voz mortificante que le dice: "No vales nada, nunca lo conseguirás. ¿Qué pretendes viviendo esta vida hipócrita que vives? Lo mejor que puedes hacer es dar rienda suelta a tus deseos".

¿Cuál es el final de esta historia? El joven se "libera" definitivamente, porque supone que es lo más honesto de su parte, en lugar de vivir lleno de frustraciones y fracasos, padeciendo la infelicidad de una vida sin sentido, sonriéndole a todo el mundo, pero llorando por dentro. Y lo peor de todo es que, con el tiempo, puede llegar a habituarse a ese tipo de vida, aceptándolo como normal. La voz de Dios puede extinguirse lentamente, quedando el joven perdido para siempre, aunque pertenezca a una Iglesia.

Este libro fue escrito para ti, mi querido joven. Fue escrito con algo más que tinta, con amor. Mi ministerio se desarrolló durante años al lado de los jóvenes, conversando con ellos en los más diversos lugares, en campamentos, cerca del lugar de la fogata, debajo de los árboles, en el campo de deportes, en la Iglesia, en

la oficina, por la mañana, a la tarde, y a la noche. Años y años en que oí las alegrías y tristezas, las victorias y derrotas de los jóvenes, me impulsaron a escribir estas páginas. Mi mayor preocupación al escribir este libro no es el estilo literario, eres tú. No es la pureza de la lengua de Cervantes, es hacerme entender por ti. Esa es mi única preocupación. Lo escribí en la misma forma en que tantas y tantas veces hablé con otros jóvenes en campamentos, retiros y reuniones de oración, pensando en ayudarte, porque tu drama fue mi drama durante años, y porque conozco perfectamente lo que significa sentir aquella angustia de saber todo lo que otros, incluyendo la iglesia, espera de uno, y no conseguir satisfacer esa expectativa. Pero escribo, sobre todo, porque un día descubrí a Jesús como mi gran amigo y aprendí que la vida cristiana, aunque incluye la experiencia de vivir prestando atención a las leyes y normas, es más que, simple aunque también es eso, es cristiana es hermosa: andar c sublime relación de amor.

A través de estas líneas y quiero ayudarte a Conocer mejor de esa persona maravillosa que de felicidad. Porque, al final de es todo.

Capitulo 1: FUERZA para elegir correctamente

Perdido dentro de la iglesia Entró en mi oficina sin llamar y se sentó en la silla que había enfrente de mi mesa. Transpiraba. Era evidente que estaba nervioso.

"¡Pastor, estoy perdido!", dijo sin rodeos. Apenas tres palabras. Ciertamente, no es necesario decir más palabras para describir la tragedia de una persona en conflicto.

Conocía bien a aquel joven. Habíamos trabajado jun-tos muchas veces ideando programas para los jóvenes.

Ahora, allí, con los ojos lagrimeantes, repetía:

"Lo puede creer, pastor, estoy perdido!" y entonces, con voz entrecortada por la emoción me contó su drama:

"Soy cristiano de nacimiento. Todos creen que soy un buen cristiano. Mis padres

creen que soy un hijo maravilloso. Los hermanos de la iglesia piensan que soy un joven consagrado. Y hasta me nombraron dirigente juvenil. Muchas veces oigo a los padres decir a sus hijos: 'Me gustaría que fueses como aquel joven'. Todos creen que soy un cristiano modelo, pero no es verdad, pastor, soy un miserable. Acabo de hacer algo horrible, y no es la primera vez que lo hago. Hasta tuve ganas de morir. Yo no soy lo que todos piensan que soy".

Traté de decir algo, pero él me interrumpió: "Yo no quiero ser así, pastor. Quiero ser un cristiano de verdad, pero no lo consigo. He luchado muchas veces, me he esforzado, pero siempre termino derrotado". Me dolía verlo de esa manera.

"Usted está chasqueado conmigo, ¿verdad?", me preguntó después, con ansiedad.

¿Chasqueado? Lo que sentía era un nudo en la garganta. Traté de esconder mi tristeza, mi dolor, porque en realidad el drama no era solamente de aquel joven. En ese momento tenía en mente a muchos otros jóvenes de mi Iglesia, y hasta es posible que aquella tarde hubieses podido estar tú sentado también en aquella silla.

"¡Pastor, estoy perdido!" ¿Perdido? Sí, dentro de la Iglesia y, sin embargo, perdido.

¿Es posible estar dentro de la Iglesia y estar, al mismo tiempo, perdido?

Lamentablemente, sí. Existen los que, como en el caso de aquel joven, están perdidos haciendo lo que no deben cuando nadie los ve, pero existe también otra clase de perdidos:

Aquellos que hacen todo correctamente, que cumplen aparentemente todo lo que la Iglesia demanda; que viven preocupados solamente por los detalles externos de los reglamentos y las normas, pero que están Igualmente perdidos. Me acuerdo del joven rico. Era un joven como cualquier otro de la Iglesia de nuestros días. Quizá los líderes de su congregación estaban demasiado preocupados con las normas, las leyes y los reglamentos. "No puedes hacer esto", "No puedes hacer aquello", "Hacer eso es pecado", "Hacer aquello también es pecado". Quizás aquel joven creció con un concepto equivocado de Dios, imaginándolo sentado en su trono de justicia, dictando reglas, con rostro serio y la

vara en la mano, listo para castigar al desobediente.

Desde pequeño sus padres y maestros le habían enseñado a cumplir fielmente

todas las normas. Eran líderes preocupados sólo con la Imagen de la iglesia. Actualicemos un poco la historia: Si, por ejemplo, una señorita apareciera vestida

en forma inconveniente, llevarían el problema a la junta de la iglesia; la Joven,

como ama a su iglesia, dejaría de usar esa ropa y todos en la iglesia que-darían

contentos, sin preocuparse por lo que pasa en el fondo del corazón de la joven. Lo

que les importa es que ella cumpla la norma, que sea un buen miembro de iglesia. Y el joven rico aprendió, de ese modo, a cumplir externamente todas las normas y

leyes. Aparentemente era un joven de buen comportamiento, activo en la iglesia, participaba de los programas y cultos, podía ser señalado como un joven ejemplar;

pero allá en el fondo alguna cosa no andaba bien. No era feliz, tenía la sensación de

que estaba perdido a pesar de cumplir todo.

Cierto día anunciaron la llegada de Jesús a su ciudad. La historia aparece registrada

en el capítulo 10 de Marcos. Los fariseos, siempre preocupados por los detalles de

la ley, fueron los primeros en salir a enfrentar a Jesús: "¿Le es lícito al marido

repudiar a su mujer?" ¿Es pecado cortarse el cabello?" "¿Es pecado orar

sentado?”¿Es pecado tener un salón para actividades recreativas al lado del

templo?" "¿Es pecado ir a la playa?" El Señor Jesús no se detuvo mucho tiempo a

discutir con ellos. Se dirigió hacia donde estaba un grupo de niños, puso sobre sus

rodillas, les acarició la cabecita con amor, y besó aquellas caritas inocentes.

El joven rico quedó emocionado al ver aquella escena. Nunca se había imaginado

que Jesús pudiera ser capaz besar y hacer un cariño. Esa no era la imagen que se

había formado acerca del Hijo de Dios. Por primera vez en su vida sintió el deseo de

abrirle su corazón a alguien. Corrió cuando Jesús estaba saliendo ya de la ciudad, se arrodilló delante de él, y dijo: "Buen Maestro, ¿que haré para heredar la vida

eterna?" En realidad, lo que estaba diciendo era: "¿Qué tengo que hacer para ser

salvo? Siento que estoy perdido. No tengo seguridad de la salvación". ¿Por qué se

sentía así? ¿No era, acaso, un buen miembro de iglesia? ¿No cumplía todas las normas? ¡Ah, amigo mío! cumplir sólo externamente los mandamientos nunca fue sinónimo de salvación. Ser, en apariencia, un buen miembro de la iglesia no quiere decir estar salvo. Es posible, en cierto modo, obedecer todo y estar completamente perdido. ¡Dentro de la iglesia, y perdido!

El Señor Jesús trató de llevar a aquel joven de lo conocido a lo desconocido. El joven conocía la letra de la ley, de modo que Jesús le dijo: "Guarda los mandamientos". Eso era un tratamiento de choque. "Señor -dijo el joven confuso-, todo eso lo he observado desde mi niñez, pero la angustia no desaparece, la desesperación aumenta, la sensación de estar perdido es cada día mayor".

Jesús lo miró con ternura y lo amó. ¿Sabes? Jesús también te ama a ti. No Importa si eres pobre o rico, si eres negro o blanco, si eres feo o hermoso. El te ama. El te comprende. Eso es lo que dice la Biblia. En este momento tú eres lo más importante para Dios. Tú, con tus luchas, con tus fracasos, con tus conflictos, con tus dudas e incertidumbres; tú con tus deformaciones de carácter, con tu temperamento irascible, eres el objeto de todo su amor y cariño. Puede ser que en algún momento de tu vida sientas que nadie te quiere, que tus padres no te comprenden, que no aprecian tu valer, que la vida te negó las oportunidades que les dio a otros, que el mundo entero no te acepta. Incluso puede ser que ni te quieras a ti mismo, ni te aceptes. Todo eso puede ser verdad, pero Dios siente afecto por ti y te comprende. En este momento, mientras lees estas líneas, está muy cerca de ti, listo para ayudarte, socorrerte y valorarte.

Hace siglos, allá en Judea, más allá del Jordán, Cristo miró con amor al joven rico. Vio sus conflictos internos, sus luchas, sus angustias. Vio su desesperada situación:

Dentro de la iglesia, pero perdido al cumplir tan sólo exteriormente los mandamientos, perdido obedeciendo en apariencia todas las normas.

"¿Sabes cuál es tu problema, hijo mío? -le dijo Jesús-, tan sólo uno: Tú no me

amas. En tu corazón no hay lugar para mí, en tu corazón sólo hay lugar para el dinero. Es verdad que estás dispuesto a guardar mis mandamientos, pero no me amas, y mientras no me ames yo no acepto nada de ti. De nada vale en ese caso guardar los mandamientos, cumplir las normas, obedecer las reglas: si no me amas, nada de eso tiene sentido, continuarás sintiendo esa horrible sensación, ese vacío interior. Vamos a hacer una cosa, mi querido hijo, vete ahora a tu casa, saca del corazón el amor a las cosas de este mundo, colócame en el centro de tu vida y, entonces, ven y sígueme".

La Biblia dice que el joven, "contrariado con estas palabras, se retiró triste". ¡Qué desgracia! Estaba más dispuesto a guardar externamente los mandamientos que a amar al Señor Jesús. ¿Por qué? Porque, tal vez, es más fácil aparentar que se es bueno que entregar el corazón a Dios.

Es posible que estés pensando: "Afortunadamente yo no tengo riquezas". Puede ser. Pero, a veces, no necesitamos tener riquezas para destronar a Jesús del corazón. ¿No será que, acaso, amas más a un artista de la TV que a Jesús? ¿Podrían, un deporte, una enamorada, una profesión, los estudios, y otras cosas buenas en sí mismas, ocupar el lugar de Cristo en tu corazón? ¿Podría ser que, incluso, amaras la iglesia, la doctrina de la iglesia, el nombre de la iglesia, más que al Señor Jesús?

Te pregunto: ¿Cuál debería ser nuestra primera preocupación, amar a Jesús o sólo guardar los mandamientos? A veces estamos más preocupados porque los jóvenes obedezcan las normas en lugar de que amen a Jesús. Pero el interés de Jesús es diferente: "Dame, hijo mío, tu corazón", dice él mientras llama a la puerta del corazón humano.

Nunca deberíamos olvidar que es posible cumplir las normas sin amar a Jesús, pero que es imposible amar a Cristo y no obedecer sus normas. Entonces, ¿cuál debería ser nuestro primer interés, nuestro gran objetivo? Si el ser humano amara a Jesús

con todo su corazón, sería in-capaz de hacer algo que lastimara a su Redentor. Es decir que, en consecuencia, su vida sería una vida de obediencia.

¿Sabes cuál es nuestro gran drama en la vida espiritual? ¿Sabes por qué a veces nos sentimos infelices en la iglesia? Porque nos falta amor por Cristo. Algunos estamos en la iglesia porque nos gusta, porque la doctrina nos convenció, porque el pastor nos hizo una invitación que no pudimos rechazar. O porque nuestros padres lo quieren, o quizá para agradar a los hijos, o a la esposa, o simplemente porque todo ser humano tiene que tener una religión, pero no porque amemos a Jesús al punto de decirle: "Yo no pudo vivir sin ti".

-Pastor -me dijo una ancianita cierto día-, llevo casi 60 años de casada. Puede preguntarle a mi marido y él le dirá que siempre fui una esposa perfecta. Hice todo lo que una buena esposa debe hacer, actué siempre del modo correcto, pero nunca fui feliz. -¿Por qué?

-Porque yo no amo a mi marido, pastor. -Pero, entonces, ¿por qué se casó?

La ancianita, emocionada, dijo: -En mis tiempos de jovencita una no escogía al marido. Eran los padres los que lo escogían. Un día mi padre dijo: "Hija, dentro de dos meses vas a casarte con el hijo de mi compadre". Así que preparamos el ajuar.

Los detalles para la fiesta quedaron todos arreglados y, faltando dos días para el casamiento, conocí a mi novio. No me gustó. Nunca logré quererlo, pero me casé porque tenía que obedecer. Fui una esposa perfecta, pero nunca fui feliz.

¿Cómo ser feliz al lado de alguien a quien no se ama? El bautismo es una especie de casamiento con Cristo. Muchos cristianos tal vez puedan decir: "Señor, estoy en la iglesia, bautizado hace cinco, diez o quince años. En todo ese tiempo cumplí, de alguna manera, lo que la iglesia pide, pero nunca fui feliz". ¿Por qué? Porque no es posible ser feliz al lado de alguien a quien no se ama. Convivir con una persona a quien se ama es ya una tarea difícil, así que, imaginen qué será cuando no hay

amor. Nunca podremos ser felices estando en la Iglesia solamente porque nacimos en ella, o debido a la presión social, religiosa o familiar. Todos esos motivos sólo tienen algún sentido cuando el gran motivo es el amor por Cristo. Si no es así, la vida cristiana llega a ser un infierno, una horrible carga que sobrellevar. Hacer las cosas sólo porque estamos bautizados, sólo para cumplir, sólo para agradar a los hombres, es lo peor que puede acontecernos. Siempre estaremos pensando en salir, en abandonar todo o, quizá, cuando nadie nos ve, estaremos haciendo las cosas que no debemos hacer.

Todas las normas de la iglesia, todas las cosas que tengamos que abandonar, todo lo que tengamos que aprender, tendrá algún significado únicamente cuando el amor de Cristo Impele e Impulse nuestro ser. Nuestra oración no debiera ser: "Señor, ayúdame a guardar tus mandamientos", sino: "Señor, ayúdame a amarte con todo mi ser".

El joven rico se fue triste y no volvió más. Estaba listo para ser en apariencia un buen miembro de Iglesia, pero no para entregar su corazón al Maestro.

Capitulo 2: FUERZA para encontrarme a mí mismo

¡Estaba perdido! Debían ser las tres o las cuatro de la tarde, pero en el interior de la floresta daba la impresión de que estaba anocheciendo. Nubes negras cubrieron repentinamente el cielo y el "grito" de los truenos se dejó oír en la inmensidad de la selva amazónica, como si fuera el alarido de gigantes asustados. De cuando en cuando los relámpagos. semejantes a flechas encendidas, herían la oscuridad. Tuve miedo. O, mejor dicho, estaba amedrentado desde que me di cuenta de que había perdido el camino.

Corría el año 1972. Era misionero entre los indios de la tribu Campa, que viven en las márgenes del río Perenne, en la región amazónica peruana. Había salido de casa, aquel viernes de mañana, con el objeto de visitar una aldea localizada a dos horas de camino a través de la selva. No supe precisar en qué momento perdí el

sendero. Me esforcé por encontrarlo, pero toda tentativa acababa desorientándome más. Los minutos y las horas fueron pasando y, entonces, aparecieron las nubes oscuras anunciando la tormenta.

La lluvia llegó junto con la noche, implacable. Me senté en el suelo, debajo de un árbol, mientras la lluvia pasaba, rogando a Dios que me ayudara a salir de aquella difícil situación. No sé cuánto tiempo estuve en esa actitud, pero cuando noté que la lluvia había disminuido, reinicié la caminata en medio de la oscuridad y el barro. Estaba completamente mojado, cansado y hambriento y, a esta altura de los acontecimientos, casi desesperado. "No puedes detenerte, vas a tener que continuar", repetía una y otra vez. "Vas a conseguirlo. Un poco más y encontrarás la aldea, lo que no puedes hacer es quedarte ahí parado".

Pero algo me decía que todo era inútil, que lo mejor sería quedar allí y esperar la luz del nuevo día. ¿Quedar allí? ¿Mojado como estaba? ¿Solo? ¿Y si aparecía alguna fiera? Era la primera vez que me sucedía una cosa así. Yo no conocía la selva. Había llegado de la capital hacía unos meses. Sentí que el miedo se estaba apoderando de mí, y corrí. Corrí como un loco, como si alguien estuviera persiguiéndome. La lluvia mojaba mi rostro, dificultándome la visión, si es que se podía distinguir alguna cosa en aquella oscuridad. Fue entonces cuando resbalé y caí barranco abajo, cinco o seis metros tal vez. Estaba lleno de lodo. Ya no existía el camino. Sólo la oscuridad y la música infernal que producía la lluvia al entrar en contacto con las hojas y el suelo.

Yo no lo quería aceptar, pero estaba perdido, completamente perdido. Intenté salir del hoyo en que me encontraba. Me así de una planta, pero se desprendió y volví a caer en el barro. Me aferré entonces a una pequeña rama, pero un dolor violento me obligó a soltarla, y acabé nuevamente en el lodazal, con la mano llena de espinas. Todo lo que hacía era inútil, mis pies resbalaban en la tierra mojada y siempre acababa allí abajo, en el pozo y en el fango. Quedé algún tiempo meditando en silencio. De repente tuve ganas de llorar. Y lloré. ¿De miedo? Me

parece que ya no sentía más miedo. ¿Por temor a alguna fiera? ¿Cansancio? ¿Hambre? Me hubiera gustado que fuera por alguno de esos motivos, pero no lo era, no. Mirando hacia atrás vi que mi vida en la iglesia había sido como aquella noche. Toda la vida intentando salir del pozo, toda la vida intentando vivir a la altura de los elevados principios de mi iglesia, intentando cumplir los mandamientos, y acabando siempre en la misma situación. Yo estaba perdido en medio de la iglesia, con todas las doctrinas en la cabeza, cumpliendo, en cierto modo, sus normas, pero estaba perdido. Y lo peor de todo era que ya hacía dos años que era pastor. Toda mi vida

comenzó a desfilar, como una película, ante mis ojos. Mi madre había conocido el evangelio cuando yo apenas tenía cuatro años de edad. Prácticamente nací en la iglesia. No recuerdo un día en que ella hubiera dejado de asistir a los cultos. Los sábados, domingos y miércoles, siempre estaba allí, con todos los hijos. En el pequeño local donde se reunía el grupito de ocho personas había un lugar especial encima del púlpito para los Diez Mandamientos, enmarcados en un cuadro dorado. Era deber de todos saber de memoria los mandamientos, y guardarlos fielmente. Desde pequeño aprendí las normas de la iglesia. No puedes fumar, no puedes bailar, no puedes ir al cine, no puedes ir a la cancha de fútbol, no puedes.

"- Oh, Dios! - me preguntaba muchas veces-, ¿cómo es posible vivir así?" En mi corazón de adolescente sentía un extraño conflicto: sabía lo que debía y lo que no debía hacer, pero no conseguía vivir a la altura de esas normas, y eso me hacía infeliz. Recuerdo que un día un equipo profesional de fútbol visitó la ciudad donde vivía. Mi hermano mayor y yo salimos de la reunión de jóvenes y asistimos al segundo tiempo del partido. Aquel día lloré. Me sentía miserable. Creí que Dios tendría que destruirme. Pensé que había perdido para siempre el derecho de ir al cielo.

A los 13 años me bauticé y mi conflicto aumentó. "Ahora -me decía a mí mismo-, eres un miembro bautizado, ya no puedes cometer tonterías". Pero había algo que siempre estaba errado en mi vida, aunque no sabía precisar qué era. Cada vez

oraba más, pero parecía que Dios estaba muy lejos. Parecía que nunca me oiría. Estudiaba la Biblia por deber. A los 15 años terminé de leer Mensajes para los

jóvenes, y me sentí más pecador que nunca. Yo nunca Iré al cielo -pensaba-, ya

que es imposible alcanzar un tipo de vida tal". Sólo Dios sabe cuántas veces me

acosté en la cama, sintiéndome solo, y rumiando mi desesperación. Me

atormentaba la idea de un Dios siempre enojado, siempre pronto a castigarme, esperando siempre que cumpliera todas sus normas.

Cuando concluí los estudios de segunda enseñanza, fui a estudiar Teología, y mi

conflicto adquirió dimensiones mayores. "Tú eres un futuro pastor, no puedes errar

más, tienes que cumplir todo, todo". Muchas veces me asaltó el pensamiento de

abandonar, no solamente el seminario, sino también la iglesia y el hogar paterno. Hoy doy gracias a Dios porque, de alguna manera, él no me dejó hacerlo.

Me gradué a los 21 años. Ese era el gran sueño de mi madre, y también el mío. Pero, en lugar de ser feliz, me sentía más angustiado. "Señor! ¿qué es lo que me

pasa? -pensaba-, ¿por qué esta sensación de que siempre estoy errado, de que

nada está correcto?" La respuesta no venía, pero el conflicto aumentaba. "Ahora

eres un pastor -me repetía a mí mismo-, y tienes que ser un ejemplo para la

Iglesia. Si alguien tiene que cumplir todas las normas al pie de la letra, eres tú". ¡Cuán tristes fueron los primeros años de mi ministerio! No es que fuera un gran

pecador. Mis pecados podrían ser clasificados como "soportables". Eran "pequeños

errores". Pero yo sabía que para Dios no había clasificación de pecados, y eso me

angustiaba. Lo peor de todo era que yo conocía la doctrina de Cristo. Sabía de

memoria las doctrinas de la iglesia. Había memorizado los mandamientos y decenas

de versículos. Predicaba acerca de Jesús. y regresaba a mi casa triste. Siempre con

aquella sensación de que alguna cosa no andaba bien. Me acostaba y me levantaba

cada día con las normas y los principios en la cabeza. Andaba siempre pensando en

lo que debía o no debía hacer. La angustia no desaparecía. Dios fue muy bueno

conmigo porque, a pesar de todo, me dio muchas almas para su iglesia en esos dos

primeros años de ministerio.

Aquella noche, allá en el interior de la selva, mojado y lleno de fango, entendí, por primera vez, lo que sucedía conmigo. Yo estaba perdido en medio de una selva de

doctrinas, normas, leyes y teología. ¡En medio de la iglesia y, sin embargo, perdido! Miré para uno y otro lado. ¿Dónde estaba aquel Jesús del cual predicaba? Estaba allá, distante, detrás de las nubes. En mi cabeza sólo había teorías, normas y doctrinas. Lloré, lloré como un niño, porque me sentía desamparado. Yo conocía un nombre, no una persona: ya amaba una iglesia. no al maravilloso Señor de esa iglesia; tenía conmigo normas y reglamentos, pero no tenía a Jesús, y en aquel momento no tenía necesidad de normas, ni de doctrinas, ni de una iglesia. Lo que necesitaba era una persona. Lloré aquella noche la tragedia de haber vivido siempre solo, intentando salir del pozo y encontrar la senda correcta por mí mismo, pero acabando siempre en la misma situación, en el fango y en la desgracia.

La lluvia estaba pasando. "Un milagro -dije en mi corazón-. necesito un milagro. Sólo un milagro puede Sacarme de aquí". Y comencé a gritar con todas las fuerzas de mi ser. En la selva, cuando alguien está perdido, tiene que gritar. Si alguien llega a oír el grito, gritará a su turno, y así ambos podrán auxiliarse.

De repente, me pareció oír una voz distante. Grité. Mi voz se perdió en la inmensidad de la floresta, y el viento me trajo la respuesta. Alguien estaba gritando a lo lejos. Alguien estaba allá. Continué gritando y el grito se fue aproximando. Cada vez más, más. Pude oír los pasos y, después, ver la silueta de alguien. Al llegar cerca de mi, vi su rostro. Era un indio. Extendió el brazo, aseguró mi mano, y tiró de mí. Era una mano fuerte, llena de callosidades. Tiró de mí con firmeza hasta hacerme llegar allá arriba. 'y Quién eres?", pregunté. No respondió. "Cómo te llamas?" Silencio. 'y, de dónde viniste?" La misma respuesta. Me tomó firmemente por el brazo y comenzó a caminar. Sus pasos eran firmes. Pero en ningún momento respondió a mis preguntas.

Anduvimos en silencio durante algún tiempo, hasta llegar a cierto punto. Allí abajo había luz. Era el lugar que estaba buscando. Estaba a salvo. Dejé al indio y corrí

bosque abajo, resbalé y caí. Nuevamente él extendió el brazo, me levantó y me sostuvo hasta que llegamos a la choza de donde salía la luz.

El hermano Juan apareció con su antorcha encendida.

-¡Pastor! -exclamó--, usted vino a esta hora!

-Perdí la senda -respondí, y me saqué la ropa mojada. Me recosté cerca del fuego, y dormí.

Noté tres cosas al despertarme en la mañana de aquel sábado. Mi ropa estaba seca, cerca del fuego; mi mochila estaba un poco más allá; y había mandioca (yuca) para comer y chapo (1) para beber. Minutos después llegó el hermano Juan.

-, ¿Cómo hizo para encontrar el camino? -preguntó. -Fue el indio -respondí. -¿Qué indio?

-Aquel que estaba conmigo ayer cuando llegué.

Juan me miró intrigado, y dijo: -No había ningún indio con usted.

Yo no dije nada. Di media vuelta y descendí hasta un pequeño salto de agua para lavarme. Me arrodillé mientras oía la música del agua al caer, y el canto de los pájaros, y dije en mi corazón: "Señor Jesús, ahora sé que no eres una doctrina, eres una persona maravillosa. ¿Cómo fui capaz de andar como un solitario la vida toda? ¡Oh, Señor! Ahora entiendo por qué no era feliz. Me estabas faltando tú. Quiero amarte, Señor. Quiero tomarme siempre de tu brazo poderoso. Sé que sin ti estoy perdido. Quiero, de aquí en adelante, tomar siempre tu mano de amigo y sentirte a mi lado. Saber que no estás allá en los cielos, sino aquí, conmigo. Hoy entiendo lo que me estaba faltando. Me estabas faltando tú, querido Jesús".

Desde aquel día comencé a encarar la vida cristiana no como una pesada carga de normas, prohibiciones y reglamentos, sino con la maravillosa experiencia de caminar lado a lado con Jesús. Las doctrinas comenzaron a tener vida para mí. Todo lo que antes era opaco y sin color, comenzó a adquirir brillo, el maravilloso brillo de la felicidad. Nunca quise saber si aquel indio era un indio verdadero o un ángel. No era eso lo que importaba. Aquella noche aprendí la gran lección de mi vida. Manteniéndome solo, estaría siempre perdido, siempre angustiado, siempre

desdichado. Precisaba de la ayuda de un amigo poderoso. Encontré ese amigo en Jesús, y por eso estaré eternamente agradecido a ti, ¡oh, Dios!

Capitulo 3: FUERZA para amar

¿Tendrías el coraje de no amarlo? Papá, ¿por qué debo amar a Jesús? -me preguntó cierto día uno de mis hijos.

Tratando de encontrar una respuesta que satisficiera la curiosidad del niño, lo miré directamente a los ojos y le pregunté:

-¿Tú quieres a papá?

-Claro que sí -respondió.

-Pero, ¿pensaste alguna vez por qué quieres a papá?

Sus ojitos se movieron de un lado al otro con una rapidez extraordinaria, y con una sonrisa iluminándole el rostro, dijo:

-Porque tú me quieres.

¿Entendiste, amigo mío? El amor tiene el extraño poder de cautivar. El amor engendra amor. Nadie resiste al magnetismo del amor, y una de las grandes verdades bíblicas es que Cristo nos amó de tal manera que lo mínimo que podemos hacer es amarlo también. Pero, ¿por qué el ser humano no consigue amar a Dios? ¿Sabes lo que sucede? A veces, es porque no entendemos lo que él hizo por nosotros. Constantemente decimos que él murió en la cruz para salvarnos, pero me temo que no entendemos plenamente lo que eso significa. Hemos oído tantas veces esa frase desde niños, que es posible que nos hayamos familiarizado tanto con ella al punto de perder su verdadero significado.

Hace años, en el seminario donde yo estudié, fui testigo de una hermosa historia de amor. Uno de los jóvenes más feos del seminario se casó con una de las señoritas más bonitas. Ella era una de las jóvenes que habían llegado aquel año por primera vez. Los muchachos más apuestos, más hermosos, inteligentes y comunicativos

fueron desfilando, uno a uno, intentando conquistarla, sin éxito.

Un día un colega me buscó, y me dijo:

-Estoy con problemas.

-¿Cuál es tu problema?

-Estoy enamorado.

-! Felicitaciones! Eso es fabuloso, eso no es un problema.

-Espera un minuto -dijo él-, es que me estoy refiriendo a aquella chiquilla.

Se me cortó la sonrisa, y murmuré:

-Bueno, ahí sí, eso es ciertamente un problema. Tú sabes que los muchachos más apuestos y seductores del colegio no consiguieron nada. ¿Te parece que ella te va a mirar a ti?

-Lo sé -dijo el muchacho, triste-, lo sé muy bien, pero, ¿qué puedo hacer si la amo?

Los meses fueron pasando, y el amor fue creciendo en silencio dentro del corazón de aquel Joven.

A mitad del año escolar, de repente corrieron rumores de que ella abandonaría el colegio porque no podía pagar las mensualidades.

Nuestro amigo se presentó al gerente del colegio y se ofreció para pagar las cuentas de la joven con el dinero que él había ganado vendiendo libros. Naturalmente, eso significaba para él la pérdida de un año de estudios.

El gerente trató de disuadirlo. Pero no lo consiguió. "El dinero es mío, y yo quiero pagar las cuentas de ella. Y, por favor, no quisiera que ella llegara a saber quién es el que pagó".

Así que fue él quien tuvo que abandonar el colegio aquel año para vender más libros y continuar estudiando al año siguiente.

Algunos meses más tarde me escribió una carta conmovedora. "Dices que no vale la pena el sacrificio que estoy haciendo, que ella nunca me mirará. Lo que tú no sabes es que yo la amo y no puedo permitir que ella pierda un año de estudios. Yo

la amo. No importa si ella nunca llega a mirarme. Yo me siento feliz haciendo esto por ella".

Al año siguiente regresó al colegio. Su amor estaba más maduro. Tenía certeza de lo que sentía, y un día se armó de coraje y le habló. Le abrió el corazón, y le declaró sus sentimientos. Fue un momento muy triste. Ella, no sólo rechazó la propuesta, sino que, además, lo trató mal. Alguien buscó entonces a la joven, y le dijo: "Oye, tienes el derecho de decir no, pero podías haber sido más delicada con él. No necesitabas herirlo. Es verdad que es un muchacho simple, casi insignificante, sin ningún atributo físico, sin facilidad de palabra, pero él te ama tanto que el año pasado perdió el año de estudios para que tú no tuvieras que abandonar el colegio; y todo eso lo hizo sin que tú lo supieras, sin esperar nada, solamente porque te ama".

La joven quedó en estado de choque. Lloró. Le preguntó al gerente si era verdad, y al tener la confirmación, se sintió herida y humillada.

Meses después aquel muchacho anunció a sus compañeros: "Estoy noviando con ella".

Todo el mundo comenzó a pensar: "Es por lástima". "Es por compasión". Pero un día ella me dijo una cosa bonita. "Al principio, cuando descubrí lo que había hecho por mí, me sentí perturbada, fastidiada, ofendida. Pero a medida que el tiempo pasaba, comencé a pensar con más calma, y me pregunté a mí misma: "¿Acaso podría encontrar en este mundo a un joven que me ame tanto, al punto de sacrificar en silencio un año de estudios sin esperar nada, incluso sin querer que yo supiera el sacrificio que estaba haciendo?" Entonces llegué a una conclusión: "¿Cómo tendría el coraje de no amar a alguien que me ama tanto?"

Esa frase merece ser puesta en un marco de oro. "¿Cómo tendría el coraje de no amar a alguien que me ama tanto?"

El día en que comprendamos lo que realmente sucedió aquella tarde en la cruz del

Calvario, nos haremos, sin duda, la misma pregunta.

Pero, ¿qué fue lo que aconteció allí?

Vayamos con nuestros ojos al Jardín del Edén. Al crear Dios al ser humano, le dio una orden: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás". (1) Esa orden contenía el principio de la retribución; en otras palabras, la obediencia merece vida, y la desobediencia merece muerte. El hombre pecó. Todos nosotros pecamos y, en consecuencia, nuestra recompensa debía ser la muerte. Teníamos que morir. "La paga del pecado es la muerte", (2) pero sucede que el ser humano no quiere morir. Clama, y pide perdón. "Padre, perdóname". ¿Acaso sabe él lo que está diciendo? "Padre, yo pequé, merezco morir pero, por favor, no quiero morir". Esta súplica del hombre le crea un conflicto a Dios, porque él es Dios, y su palabra no cambia. Si el hombre pecó, tiene que morir, pero él ama al ser humano, y no puede permitir que el hombre muera. ¿Qué hacer? Si hubo pecado, tiene que haber muerte, y "sin derramamiento de sangre no se hace remisión". (3)

El hombre no quiere morir; en ese caso, algún otro tiene que morir. Alguien tiene que pagar el precio del pecado en lugar del ser humano. Y ahí aparece la figura majestuosa del Hijo. El dice: "Padre, el hombre merece la muerte porque pecó, pero antes de cumplir la sentencia quiero ir a la Tierra como hombre y vivir con él; quiero asumir su naturaleza, experimentar sus conflictos, sus tristezas, sus alegrías y sus tentaciones". Por eso fue que Cristo vino a este mundo como un niño.

El no solamente parecía humano. El era un humano de verdad. Como tú y como yo. Tuvo las mismas luchas que tienes tú y, a veces, se sintió solo e incomprendido como tú. Experimentó tus tentaciones, y es por eso, y no simplemente porque es Dios, que él está más dispuesto a amarte y comprenderte que a juzgarte y condenarte.

El Señor Jesús vivió en este mundo 33 años. La Biblia dice que "fue tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado". (4) Ahora bien, si vivió en este

mundo como hombre, y como hombre fue tentado y no pecó, por el principio de la retribución merece la vida.

Ahora vamos a imaginar un diálogo entre Cristo y su Padre. "Padre -dice Cristo después de haber vivido en este mundo-, yo viví en la tierra como un ser humano, y fui tentado en todo, pero no pequé. Como ser humano gané el derecho a la vida. El hombre, por el contrario, pecó y merece la muerte. No obstante, Padre, el principio de la retribución no impide que haya una sustitución, una permuta. Siendo así, la muerte que el hombre merece, quiero morirla yo, y la vida que yo merezco, porque no pequé, quiero ofrecérsela a él".

Eso fue lo que sucedió en la cruz del Calvario. Un canje de amor. Alguien murió en nuestro lugar. Alguien murió para salvarnos.

Unos días antes de la muerte de Cristo la policía de Jerusalén prendió a un mal viviente llamado Barrabás. El delincuente fue juzgado y condenado a la pena de muerte. Debía ser clavado en una cruz. Esta forma de muerte era una muerte cruel. Nadie muere debido a las heridas en las manos y en los pies. La muerte de cruz es lenta y cruel. La sangre se va acabando, gota a gota. A veces, el malhechor quedaba clavado en la cruz durante varios días, y el sol del día, y el frío de la noche, el hambre, la sed y la pérdida paulatina de sangre iban acabando poco a poco con su vida.

Después del juicio y la condena, las autoridades llamaron a un carpintero para que preparara la cruz de Barrabás. Allí estaba el delincuente, y allí estaba su cruz.

Preparada especialmente para él, con sus medidas y con su nombre. Pero aquel día los judíos prendieron a Jesús. El también fue juzgado y condenado. La historia cuenta que un hombre llamado Pilato, intentando defenderlo, presentó delante del pueblo a Cristo y a Barrabás, y dijo:

-En estas fiestas tenemos la costumbre de soltar un prisionero. ¿Quién queréis que os suelte esta vez, a Cristo o a Barrabás?

El pueblo gritó, enfurecido:

-¡Suelta a Barrabás! ¡Crucifica a Cristo!

Me parece que si alguien entendió alguna vez en toda su plenitud el sentido de la expresión: "Cristo murió en mi lugar", fue Barrabás. Sencillamente, no podía creerlo. Tal vez pellizcase su piel para saber si realmente estaba despierto. El, el mal viviente, el delincuente, estaba libre. Y aquel Jesús, manso y sin malicia, que sólo vivió sembrando amor, devolviendo la salud a los enfermos y la vida a los muertos, estaba allí para morir en su lugar. Yo me imagino que Barrabás pensó: "Nunca tendré palabras suficientes para agradecerle a Cristo el haberse cruzado en mi camino. Si él no hubiera venido, yo estaría condenado Irremediablemente".

Ya no había más tiempo para llamar al carpintero y pedirle que preparara una nueva cruz para Cristo. Además, allí estaba una cruz vacante, disponible, con las medidas de otro, con el nombre de otro, preparada para otro. Y aquella tarde, mi querido joven, cuando Cristo ascendió al monte Calvario cargando una pesada cruz -me gustaría que entendieras bien esto-, aquella tarde triste, Jesús estaba cargando una cruz ajena, porque para él nadie jamás preparó una cruz. ¿Sabes por qué? Simplemente porque él no merecía una cruz. Aquella tarde Cristo estaba cargando mi cruz. Era yo quien merecía morir, pero él me amó tanto que decidió morir en mi lugar y ofrecerme el derecho a la vida, el derecho que él, como hombre, había conquistado.

Finalmente los hombres llegaron a la cima del monte. Depositaron la cruz en el suelo y con enormes clavos le

atravesaron las manos y los pies. Entonces levantaron la cruz y con el peso del cuerpo sus carnes se rasgaron. Un soldado le había colocado en la frente una corona de espinas. La sangre le corría lentamente por el rostro. Otro soldado lo hirió en el costado con una lanza. Allí estaba el Dios-hombre muriendo por amor. El Sol ocultó su rostro para no ver la miseria de los hombres; el cielo lloró en un

torrente de lluvia. Hasta las aves de los cielos y las bestias de los campos corrieron de un lado a otro, intuyendo en su irracionalidad que alguna cosa extraña había acontecido. Sólo el hombre, la más bella e inteligente de las criaturas, parecía ignorar que en aquel instante estaba en juego su destino eterno.

Horas después, cuando los judíos volvieron a sus casas, allá en aquella montaña solitaria, en medio de los ladrones, pendía agonizante el maravilloso Jesús, entregando su vida por la humanidad.

¿Te detuviste, alguna vez, a pensar en el significado de aquel acto de amor?

No fue un loco suicida el que murió en la cruz. No fue un revolucionario social el que pagó allí con su vida. Era un Dios hecho hombre, y como hombre tenía miedo

de morir. Poseía el instinto de la conservación. Tenía tanto miedo de morir que, en la noche anterior, en el Getsemaní, dijo a su Padre:

-Padre, tengo miedo de morir. Si tuvieras otro medio de salvar al mundo, si me quitaras esta prueba, yo te quedaría muy agradecido.

Y yo tengo la certeza de que Dios dijo:

-Aún estás a tiempo de volverte atrás, hijo mío.

Toda la vida de la humanidad estaba en sus manos. El tenía miedo de morir, pero su amor era mayor que el miedo, mayor que la vida. ¿Cómo abandonar al hombre en un mundo de desesperanza y de muerte? Eso es lo que tal vez yo nunca consiga entender. ¿Por qué me amó tanto? ¿Entiendes el significado de tu vida? Eres lo más importante que tiene Cristo. El te ama de tal manera que, aún teniendo miedo de la muerte, la aceptó para verte feliz. No sólo para verte llegar a ser miembro de la iglesia, sino para verte realizado y feliz.

Volvamos ahora al razonamiento inicial. El hombre pecó y merece morir. Pero él va a Dios, y le dice:

-Padre, perdóname. En otras palabras:

-Yo no quiero morir. -Hijo, yo no puedo cambiar el principio. La paga del pecado es la muerte. No hay

otra salida. -Padre, perdóname, por favor, perdóname -dama el hombre en su desesperación. El pastor H.M.S. Richards cuenta una historia de cuando era muchacho.

Dice que le gustaba saltar la cerca y tomar las manzanas del vecino. Un día la

madre lo llamó y, mostrándole una vara verde, le dijo: -¿Ves esta vara? -Sí, mamá.

-Si vuelves a tomar una manzana del vecino voy a castigarte cinco veces con esta

vara, ¿entendiste?

-Sí, mamá.

Los días pasaron. Las manzanas estaban cada vez más rojas, y el muchacho no

consiguió resistir la tentación. Saltó la cerca y comió manzanas hasta quedar

satisfecho. Lo que no esperaba era que al volver a su casa la madre estuviera

aguardándolo con la vara verde en la mano. Tembló. Sabía lo que iba a suceder. Casi sin pensar, suplicó:

-Mamá, perdóname. -No, hijo -dijo la madre-, yo dije una cosa y tendré que cumplirla. -Mamá, por favor, te prometo que nunca más volveré a hacer eso. -No puedo hijo, tendrás que recibir el castigo. -¡No, mamá!

-Entonces, sólo existe una solución, hijo mío. -¿Cuál? La madre le entregó la vara, y le dijo: -Toma la vara, hijo mío. En lugar de

castigarte yo a ti con esta vara, tú vas a azotarme a mí. El castigo tiene que

cumplirse, porque la falta existió. Tú no quieres recibir el castigo, pero yo te amo

tanto que estoy dispuesta a recibir el castigo por ti.

"Hasta aquel momento yo había llorado con los ojos -contó Richards-, pero

entonces comencé a llorar con el corazón. ¿Cómo tendría el coraje de golpear a mi

madre por un pecado que no había cometido?" ¿Entendiste el mensaje? Eso es, exactamente, lo que sucede entre Dios y nosotros cuando después de pecar, suplicamos perdón. El nos mira con amor, y dice:

-Hijo mío, pecaste y mereces la muerte, pero no quieres morir. Entonces sólo hay

una solución, hijo mío. -¿Cuál es? -preguntamos ansiosos. -En lugar de que mueras tú por el pecado que cometiste, estoy dispuesto a sufrir la

consecuencia de tu error

-responde él con voz mansa. Richards no tuvo el coraje de castigar a su madre por una falta que él había

cometido. Pero nosotros tuvimos el coraje de crucificar al Señor Jesús en la cruz del

Calvario. Continuamos crucificándolo cada día con nuestras actitudes. Y él no dice

nada. Como cordero es llevado al matadero y como oveja muda delante de sus

trasquiladores, no abre la boca, no reclama, no exige derechos, no piensa en

justicia. Solamente muere, muere lentamente, consumido por las llamas de un

amor misterioso, incomprensible, infinito.

No, yo nunca tendré palabras suficientes para agradecer lo que él hizo por mí. Yo

nunca podré entender la plenitud de su amor por mí. Pero, al levantar los ojos

hacia aquella montaña solitaria, y ver colgado en la cruz a un Dios de amor, mi

corazón se enternece y exclama como la joven del colegio:

"¿Cómo tendría el coraje de no amar a alguien que me ama tanto?"

Capitulo 4: FUERZA para creer

Los milagros no se explican... se aceptan ¿Por qué nos resulta difícil amar a Dios a pesar de saber lo que hizo por nosotros?

En el capítulo 3 de San Juan encontramos la historia de un hombre que no

conseguía amar a pesar de tener abundante conocimiento bíblico.

Este hombre cumplía, aparentemente, todas las normas, se esforzaba cada día por

ser un buen miembro de iglesia, y hasta tenía un cargo en la dirección de la misma, pero no era feliz. Experimentaba una sensación de vacío interior, había algo que

faltaba. Lo peor de todo era que ni él mismo sabía definir qué era.

Es posible que Nicodemo acostumbrara a quedar despierto hasta altas horas de la

noche, sin poder dormir. Acostado en la cama, muchas veces tal vez se habrá

preguntado: "Dios mío, ¿qué es lo que me está pasando? Devuelvo mis diezmos, guardo el día de reposo, hago trabajo misionero, canto en el coro de la iglesia, soy

maestro en la iglesia, pero siento que alguna cosa no está bien dentro de mí, tengo

la impresión de que nada valen todos mis esfuerzos. ¿Qué es lo que está sucediendo conmigo?"

Tal vez fue una de aquellas noches cuando se levantó y buscó a Jesús. Sabía dónde encontrarlo. Estudiaba las profecías y todo señalaba que Cristo era el Mesías que había de venir. Su problema no era falta de conocimiento. La tragedia de Nicodemo consistía en el hecho de que nunca había tenido un encuentro personal con Cristo. Amparado por las sombras de la noche, se dirigió al lugar donde Jesús estaba. En el fondo, tenía vergüenza de que otros lo vieran procurando ayuda. Después de todo, era un dirigente de la Iglesia. Los hombres suponen que los líderes deben ayudar y no pedir ayuda. ¿Se dan cuenta del drama de aquel hombre? Lleno de teorías, lleno de doctrinas, lleno de profecías, sintiéndose solo, precisando ayuda, angustiado y, sin embargo, impedido, debido a su status, de correr como el joven rico y caer a los pies de Cristo, diciendo: "¡Señor, estoy perdido! ¿Qué debo hacer para tener la vida eterna?"

No fue difícil para Nicodemo encontrar a Jesús. Cristo estaba en el monte de los Olivos esperándolo con los brazos abiertos. Sus miradas se encontraron. Era el encuentro de la paz y la desesperanza, de la calma y la angustia, de la plenitud y el vacío, de la certeza y la Incertidumbre. Los ojos de Cristo, que irradiaban amor, paz y perdón, penetraron su corazón. Nicodemo trató de abrir el corazón, contar sus tristezas, hablar de sus fracasos, de la confusión que lo inquietaba, pero no pudo. Su orgullo habló más alto.

-Rabí -dijo-, sabemos que eres un Maestro venido de Dios, porque nadie puede hacer estas señales que haces si Dios no estuviere con él.

Tengo la Impresión de que, en realidad, él quiso decir: "Te reconozco como maestro, y vine para hablar contigo de maestro a maestro. Vamos a estudiar un poco las profecías relacionadas con las cosas que haces".

Jesús miró a Nicodemo y vio a través de sus ojos una persona angustiada. No eran profecías lo que estaba necesitando, ni teología, ni doctrinas. A veces nosotros los

humanos vivimos preocupados en buscar conocimientos teológicos, cuando en realidad nuestra necesidad es otra.

-Nicodemo -le dijo Cristo-, necesitas nacer de nuevo. Necesitas convertirte. Este es tu problema, y mientras no experimentes el nuevo nacimiento de nada vale estar en la iglesia, ni conocer las doctrinas, ni tener un cargo en la dirección de la misma. Nada sustituye a la experiencia de la conversión.

Aquella declaración fue como una bofetada en el rostro de Nicodemo.

-¿Cómo puede el hombre nacer de nuevo siendo viejo? ¿Puede por ventura retornar al yente materno? -preguntó, simulando no haber entendido.

Y Cristo, con un aire de tristeza en los ojos, le dijo:

-Un momento, hijo mío. Tú entendiste perfectamente lo que quise decirte. Estoy hablando de la conversión, porque este es el punto de partida para una vida feliz. Tú vives angustiado y triste porque tu cabeza sólo está llena de doctrinas, leyes, normas y reglamentos. Te sientes frustrado porque siempre intentaste hacer las cosas de la manera correcta y nunca lo conseguiste. Hoy, querido hijo, quiero transformar tu ser completamente, y tú, en lugar de aceptar, ¿intentas esconderte a través del preconcepto y la Ironía?

La historia de Nicodemo queda sin conclusión en el capítulo 3 de San Juan porque aquella noche no aceptó la Invitación de Cristo. Era demasiado duro reconocer que él, Nicodemo, el teólogo y líder, el buen miembro de iglesia, no estuviera convertido. Se retiró triste y frustrado como había venido.

¿Me creerías si dijese que el problema de Nicodemo puede ser también nuestro?

Corremos tal vez hoy el riesgo de pensar que, porque estamos en la iglesia, bautizados, estamos convertidos. Pero no siempre es así. No podemos confundir conversión con convicción. Las palabras son parecidas, pero tienen significados completamente diferentes. La primera tiene que ver con el corazón y la vida, la segunda se limita tan sólo a lo que se almacena en la mente.

Cierto día alguien me dio una serie de estudios bíblicos. Acepté las doctrinas que

me enseñaron y, finalmente, decidí bautizarme. Al salir del bautisterio pensé:

"Ahora estoy convertido". Y así debiera ser normalmente, pero tal vez no sea así. Estamos convencidos de la doctrina, con certeza, pero estar convencido no significa

estar convertido. Y ahí comienza toda la confusión. Pasamos por la vida como

Nicodemos, llenos de teorías y de doctrinas, sabiendo muchas veces todo eso desde

la niñez, porque nacimos en un hogar cristiano, pero vivimos con esa permanente

sensación de vacío, de impotencia, de fracaso. Queremos amar a Dios y no lo

conseguimos. ¿Por qué?

Vamos a tratar de entender mejor este asunto de la conversión. Para eso tenemos

que remontarnos nuevamente al Edén. Allá encontraremos a Adán y a Eva, recién

salidos de las manos del Creador. Eran seres perfectos, habían sido creados así, sin

propensión al pecado, con la capacidad de obedecer. Se deleitaban en la

obediencia. Obedecer era para ellos tan fácil como lo es para ti el respirar. No

necesitaban esforzarse para eso. Tenían una naturaleza perfecta.

El problema comenzó cuando pecaron, porque en ese instante perdieron su

naturaleza perfecta y adquirieron una naturaleza extraña, incapaz de obedecer, y

que se deleita en las cosas impropias de la vida. Llamaremos a eso la naturaleza

pecaminosa.

Pues bien, con esa naturaleza pecaminosa el hombre ya no consigue obedecer.

Ahora, el desobedecer y pecar es para él tan simple como el respirar. Infelizmente,

esa naturaleza pecaminosa fue pasando de padres a hijos hasta el día en que

nosotros llegamos a este mundo. Cuando nacimos, nacimos con esa naturaleza y

con ella es Imposible obedecer.

Eso es lo que la Biblia dice: "¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?

Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?" (1)

"Engañoso es el corazón más que todas las cosas, perverso, ¿quién lo conocerá?"

(2) "Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los

adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias". (3)

-Pastor -seguramente te estarás preguntando-, ¿quiere decir entonces que nunca conseguiré obedecer?

-De la manera que naciste -te respondo-, con esa naturaleza que recibiste de tus padres, no.

Eso fue lo que Cristo quería aclararle a Nicodemo cuando le dijo: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios

George E. Vandeman, en su libro How to Live with a Tiger (Cómo convivir con un tigre), presenta una interesante ilustración:

"Supongamos -dice él-, que un día un lobo comience a observar la vida de las ovejas y, después de cierto tiempo, llegue a la conclusión de que el mejor modo de vida es el de las ovejas, y decida juntarse al rebaño. Para ello, se recubre con una piel de oveja y va a convivir con ellas. ¿Cómo piensas que se sentirá el lobo cuando llegue la hora de comer y las ovejas coman con placer la hierba verde? ¿Piensas que disfrutará comiendo hierba? Supongamos, además, que sea un lobo honesto y no quiera, por tanto, volver atrás en la decisión que tomó, ¿creer que pasados cinco o diez años habrá, finalmente, aprendido a gustar de la hierba? No, claro que no, porque él es un lobo, con paladar de lobo y con naturaleza de lobo".

Continuemos imaginando la vida del lobo en medio de las ovejas. Al principio tal vez se esfuerce por vivir exactamente como viven las ovejas, aunque todo eso sea contrario a su naturaleza. Pero el tiempo va pasando, el entusiasmo de la decisión va disminuyendo y, finalmente, después de uno o dos años, ya no consigue continuar atado a un tipo de vida ajeno a su naturaleza. Entonces, un día, mientras las ovejas duermen, se levanta en silencio y se va.

Lejos del rebaño, se despoja de la piel de oveja y vive como lobo, come como lobo y hace, en fin, todo lo que los lobos hacen. Después de haber dado rienda suelta a sus instintos y gustos de lobo, retorna al redil y se coloca nuevamente la piel de

oveja, como si nada hubiera pasado. ¿No sucedió nada? Claro que sí, y él lo sabe y llora en silencio por eso.

Un día, no pudiendo soportar más ese tipo de vida, dama desde el fondo de su corazón: "Oh, Dios, tú sabes que quiero ser una oveja de verdad, pero tú conoces mi verdadera naturaleza, soy un lobo, nací lobo, no tengo la culpa de haber nacido así. Pero, Dios mío, por favor, no quiero continuar siendo un lobo, quiero transformarme en una oveja de verdad. Haz alguna cosa por mí". Y Dios hace el milagro de la transformación. Con un toque milagroso, convierte a ese lobo en una oveja de verdad, con corazón de oveja, con paladar de oveja, con mente de oveja.

Eso es, exactamente, lo que Dios promete hacer. "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras Injusticias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré mi espíritu dentro de vosotros". (4)

San Pedro añade: "Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". (5)

¿Entiendes, amigo mío? Dios promete darnos una nueva naturaleza, la naturaleza de Cristo, que se complace en amar a Jesús y se deleita en la obediencia.

Eso es la conversión. Elena G. de White lo explica así:

"Por nosotros mismos somos... incapaces de vivir una vida santa... Son muchos los que comprenden su impotencia y anhelan esa vida espiritual que los pondría en armonía con Dios; luchan en vano para obtenerla. En su desesperación claman: 1Mlserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?' Alcen las miradas estas personas que luchan presa de la desesperación. Nadie ve la mano que alza la carga, ni contempla la luz que desciende de los atrios celestiales. La bendición viene cuando por la fe el ser se entrega a Dios. Entonces ese poder que ningún ojo humano puede ver, crea una nueva criatura a la imagen de Dios". (6)

Un nuevo ser. ¿lo comprendes? Un ser capaz de amar, un ser que quiere obedecer, un ser que se deleita en hacer la voluntad de Dios. ¿No es una promesa maravillosa? Nadie lo ve; sin embargo, el milagro sucede porque la promesa no es humana, sino divina.

Hay una cosa que deberíamos entender antes de continuar. Deberíamos entender que no todas las conversiones son iguales. Algunas suceden en un instante, un hombre puede ser transformado en dos segundos, pero otras veces ese proceso es gradual y lleva su tiempo. Algunas conversiones están acompañadas por una gran emoción. Otras, no. Esto no significa que la primera sea, necesariamente, más auténtica que la segunda.

Algunos cristianos pueden recordar el momento exacto de su conversión, otros no pueden hacerlo. Saulo de Tarso cayó del caballo y se convirtió, pero no pienses que todas las personas deban caer del caballo para convertirse. Lo que realmente importa es que la mudanza de la naturaleza suceda, entonces la transformación es una realidad; de repente, el lobo se transforma en una oveja genuina. Me desempeñé durante el primer año de mi ministerio en una villa miseria, en la capital de mi país. Era un cerro habitado mayormente por gente necesitada y carente, pero llegó a ser el escenario de maravillosas conversiones que el Espíritu de Dios realizó.

Cierto día, andando por los estrechos caminos de aquel cerro, fui sorprendido por un perro que comenzó a ladrar. Por falta de experiencia cometí la imprudencia de correr, y en pocos segundos no era uno, sino todos los perros del barrio los que corrían detrás de mí. Asustado tuve que empujar la puerta de una casa y esconderme de los perros enfurecidos. Pero, cuando me di cuenta de dónde estaba, hubiera preferido que los perros me alcanzaran allá afuera. Era un cuarto oscuro y poco ventilado, iluminado por dos velas grandes en el centro de la mesa. Había un olor horrible. Encima de la mesa se podía ver una pequeña montaña de ceniza de cigarros y hojas de coca. En torno de la mesa había mujeres borrachas y, en el

suelo, botellas vacías de bebidas alcohólicas. En fracción de segundos, me vi rodeado por las mujeres. Les pedí disculpas. Les expliqué que había entrado por causa de los perros, pero no valieron de nada la cortesía y las buenas maneras. Tuve que ser, en cierto modo. mal educado y, a la fuerza conseguí salir.

Algunos días después, una de aquellas mujeres me abordó en la calle.

-¿Fue usted el que entró en casa el otro día, perseguido por los perros?

-Si -le dije-, y le pido disculpas una vez más.

-¿Disculpas? -dijo sorprendida, y añadió-. No señor, me parece que somos nosotras las que tenemos que disculparnos.

Le expliqué que era pastor, y que estaba predicando todas las noches en un salón, en la parte alta del cerro, y la invité a asistir a nuestras conferencias.

Aquella noche, para sorpresa mía, estaba allí. Había bebido bastante y durmió durante la predicación. A la noche siguiente regresó, y también a la otra, y a la otra. Siempre embriagada, dormía mientras yo hablaba.

Un día ella me buscó y me dijo, angustiada y oliendo a alcohol: "Pastor, necesito hablar con usted. Mi vida es una tragedia, usted puede pensar que yo no entiendo nada de lo que habla, porque siempre estoy bebida, pero infelizmente, entiendo todo, pastor, y estoy desesperada".

La miré con simpatía. Era fácil ver en su rostro, en sus ojos, en las lágrimas que pugnaban por salir, la tragedia de una vida sin Cristo. Era una alcohólica inveterada.

"Pastor -continuó-, yo tenía una familia bonita, hijos maravillosos, y un marido honesto y trabajador. No vivíamos en la abundancia, pero nunca faltó el pan de cada día, hasta que me envicié en la bebida. No sé cómo sucedió. Llegué a un punto tal que la bebida era lo más importante en mi vida. A veces mi marido llegaba a la noche, cansado de trabajar, y me encontraba ebria, y a los hijos con

hambre y abandonados. Eso fue el comienzo de la desgracia. El comenzó a pegarme, pero ni con eso dejaba de beber. La vida en nuestra casa se hizo insoportable. Un día, mientras él estaba en el trabajo, tuve el coraje de juntar mis ropas y abandonar el hogar, el marido y los hijos, el menor de los cuales tenía apenas dos años. Entonces vine a vivir a este cerro donde, para sobrevivir, me entregué a una vida de promiscuidad y abandono".

Dolía, dolía mucho ver cómo el pecado arruina completamente la vida de una persona y la lleva muchas veces a cometer cosas que la propia persona no entiende después.

"Durante todo este tiempo en que estuve asistiendo a las conferencias -siguió diciendo la mujer-, he sentido que mi vida no puede continuar así, tengo que dejar de beber. Pero, pastor, cuando estoy lúcida me acuerdo de mis hijos y de mi marido, y la angustia se apodera de mí, y entonces, para olvidar, vuelvo a beber y así mi vida entra en un círculo vicioso".

La promesa de Dios es que "él nos libertará de las concupiscencias de este mundo", que "él nos mantendrá sin caída", que "él nos dará una nueva naturaleza", que "él transformará nuestro ser". Y eso fue lo que sucedió con aquella mujer. Desde el fondo del pozo de la desesperación y la culpabilidad, desde las profundidades de la sombra de miseria y angustia, ella clamó a Dios: "¡Oh. Señor! transforma mi ser, cambia el rumbo de mi vida, líbrame de la esclavitud del vicio que me domina,

dame una nueva naturaleza". Y Dios la oyó. Nadie lo vio, pero el poder de Dios creó una nueva criatura.

Ella dejó la bebida, pero continuó conviviendo con la tristeza de sentirse abandonada por el marido y los hijos. Era una realidad lacerante, hería las carnes, y hacía sangrar el corazón. Me dolía verla sufrir, y fue por eso que busqué al marido. Era un hombre bueno. Se levantaba todas las mañanas de madrugada, preparaba la comida para los chicos, y salía para el trabajo. El hijo mayor, de doce años, calentaba después los alimentos para los hermanos menores. El hombre

regresaba a su casa de noche, cansado, y todavía tenía que arreglar la casa y lavar

la ropa. Era una vida sacrificada.

Fue difícil llegar al tema viendo un cuadro semejante.

Finalmente, después de algunas visitas, le dije que venía en nombre de la esposa. El cambió de actitud. Casi lanzando fuego por los ojos, dijo: "No me hable de esa

mujer, ella arruinó mi vida y la vida de mis hijos; en verdad, ella acabó con nuestra

vida porque lo que hoy vivimos no es vida".

Los días fueron pasando, y con el tiempo nos hicimos amigos. Le dije que la esposa

que lo había abandonado había muerto, que hoy aquella mujer era otra, que ya no

bebía más, y que sufría por haber abandonado a la familia.

¡Ah! el Espíritu de Dios consigue cosas que para el hombre son imposibles. Meses

después aceptó ver a la esposa. Fijamos una fecha para el encuentro. Aquella

anoche oré a Dios y le pedí que hiciera un milagro más en la vida de esa mujer,

que tocara el corazón de aquel hombre, que reconstruyera el hogar deshecho por el

pecado. No sé si lo sabes, pero existen momentos que marcan la vida de uno para

siempre. Aquel fue uno de esos momentos en mi vida.

Allí estaba el marido rodeado de los hijos. La mujer se acercó y cayó a los pies de

ellos.

-Perdónenme -dijo llorando-, perdónenme, no lo merezco pero, por favor, perdónenme. Ya perdí todos los derechos que tenía, no soy nadie, apenas quiero

que me permitan cuidar de ustedes. Seré una sierva, nunca reclamaré nada, sólo

quiero estar cerca y cuidar de todos, y hacer todo lo que dejé de hacer...

Fueron momentos dramáticos y emotivos. En el silencio del corazón continué

orando.

De repente, el hombre levantó a la mujer, y le preguntó:

-¿Ya no bebes más?

-No, ya hace meses que Cristo me sacó el hábito de beber.

-¿Eso es increíble! -dijo el marido emocionado-. Cuando el pastor me dijo que ya no

bebías más, no le creí, quise comprobarlo con mis propios ojos, pero es verdad, ya no bebes más. ¿Dices que fue Cristo quien te sacó el deseo de beber? Entonces, quiero conocer al Cristo que fue capaz de hacer ese milagro.

En ese momento, me di media vuelta y, escondiendo dos lágrimas, me retiré del lugar.

Meses después tuve la alegría de ver bautizados a aquel hombre, a su mujer y al hijo mayor de doce años.

¿Cómo hace Dios la transformación? No lo sé. Pero sé que es capaz de producir el cambio. A lo largo de mi ministerio he visto muchas vidas transformadas. Mal vivientes, delincuentes, jóvenes drogadictos, borrachos, hombres y mujeres que parecían no tener ya más esperanza de recuperación. Y si Dios fue capaz de transformar a todos ellos, ¿no podrá transformar también nuestro ser?

"Pastor -me dirás tú-, yo no soy como esos hombres". Yo ya lo sé. Pero Nicodemo tampoco era como ellos y, sin embargo, Cristo le dijo: "Tienes que nacer de nuevo, necesitas que yo cambie tu vida, precisas de una nueva naturaleza".Y Nicodemo pensó que, porque conocía las doctrinas ya había sido convertido, y encontró que aquella declaración de Cristo era una ofensa para él y se fue.

Durante tres años continuó viviendo en medio de la iglesia, llevando siempre el sentimiento de que algo no andaba bien dentro de él. Continuó asistiendo a los cultos, desempeñando sus responsabilidades como dirigente, pero vacío y triste por dentro. Hasta que un día los judíos prendieron a Jesús y lo llevaron a la cima de la montaña del Calvario. Allí su cuerpo fue levantado. Abajo, entre la multitud, estaba Nicodemo, temblando. Y al ver la silueta de Cristo proyectarse en el horizonte, recordó la noche de hacía tres años, cuando Jesús le dijo: "Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". (7)

Nicodemo no pudo resistir más. Me imagino que se acercó a la cruz.

Tal vez, la mirada agonizante de Cristo lo hubiera alcanzado allá abajo, y es posible que Nicodemo clamara:

"Por favor, Jesús, no te vayas. No sin antes transformar mi ser. Dame la nueva naturaleza de que me hablaste aquella noche". El clamor de Nicodemo fue escuchado. Cristo transformó su ser. Y aquel hombre miedoso, que un día buscó a Jesús amparado en las sombras de la noche, no tuvo miedo de confesar públicamente a Cristo como su Salvador. Y junto con José de Arimatea reclamó el cuerpo de Cristo para darle sepultura.

¿No es maravilloso? El milagro de la conversión puede suceder contigo, conmigo, con cualquiera que quiera aceptarlo. Tan sólo es necesario correr a la cruz de Cristo y reconocer tres hechos.

El primero: "Yo soy pecador". No existe nada más difícil para el orgulloso corazón humano que reconocer, no una flaqueza, no un problema de personalidad, sino el pecado. Nada de echar la culpa al factor hereditario, o al ambiente en que fuimos criados, o a la falta de oportunidades que tuvimos. Tenemos que correr a Cristo, y clamar: "Señor, ayúdame, soy pecador. Soy el único responsable, no tengo explicación, solamente quiero ser perdonado".

El segundo es un hecho doloroso: "Yo no puedo". De nada vale querer ser bueno por nuestros propios esfuerzos. La humanidad está enloqueciendo porque habla de "autodisciplina", de "energía interna", de "fuerza mental". La humanidad se olvidó de contemplar a Cristo y está mirando dentro de sí, en busca de soluciones, y sólo encuentra fracaso y frustración. ¡Nada de eso! Miremos a Cristo y digamos: "¡Oh, Señor, ya intenté todo y no conseguí nada! Llevo dentro de mí una extraña naturaleza que me conduce al pecado. Por favor, ayúdame, porque yo no puedo".

El tercero es el hecho más extraordinario. "¡Dios puede!" Sí, amigo mío. El puede. Miremos a lo alto de la montaña y, como Nicodemo, caigamos a los pies de la cruz, clamando en el silencio del corazón: "Dios mío, por favor, cambia el rumbo de mi vida, dame una nueva naturaleza

La Palabra de Dios dice que el milagro puede suceder. Puede ser ahora, en este momento, mientras este libro está en tus manos. Puede ser que no estés sintiendo el Espíritu de Dios trabajando en tu corazón. Puede ser que de repente sientas deseos de cerrar el libro y tirarlo a la basura, porque existe algo que se rebela dentro de ti. Es la naturaleza pecaminosa que no gusta de las cosas verdaderas. Pero la voz de Dios continúa llamando a tu corazón. Tú lo sientes y preguntas:

"¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede Dios cambiar mi vida en un segundo?" No lo sé, los milagros no tienen explicación, y la conversión es un milagro.

Yo no puedo explicar cómo fue que el agua pura y simple, por el toque maravilloso de Cristo, un segundo después era vino de primera calidad. Ningún químico del mundo lo puede explicar. Los milagros no se explican, se aceptan.

¿Cómo fue posible que un ciego de nacimiento viviera en la oscuridad años y años y, un segundo después del toque divino, pudiera ver? Ningún oftalmólogo lo puede explicar. Los milagros no se explican.., se aceptan.

En este momento, ahora mismo, Dios quiere hacer un milagro contigo: El milagro de la conversión. Estoy orando mientras escribo las últimas líneas de este capítulo, orando por ti sin conocerte, pero con la certeza de que dirás en tu corazón: "Señor, acepto el milagro".

Referencias

1 Jeremías 13:23. 2 Jeremías 17:9.

3 Mateo 15:19. 4 Ezequiel 36:25. 26. 5 2S. Pedro 1:4. 6 El Deseado de todas las gentes, págs. 172. 144.

7 S.Juan 3:14, 15.